



Panorámica de Pedroche, fachada del Ayuntamiento de Añora y un rincón de Dos Torres.

Estos que son ahora campos de soledad vieron quizás un tiempo romana región famosa, plena de ciudades hoy perdidas que doctos epigrafistas y sabios historiadores no lograron todavía encontrar desde lo oculto de sus tribunas. Un mundo que hoy yace olvidando bajo una espesa capa de tierra negra y un leve soplo de polvo amarillo sobre libros ya firmados. Por aquí pasa-

ron los moros vencidos, cuando la luna era cada vez más menguante, con tiempo apenas de admirar las encinas. Por aquí perdió su rumbo el Marqués de Santillana en pos de muy hermosa vaquera de la Finojosa. Por aquí Reyes Católicos y libros de Cervantes. Una historia escrita en la tierra y en los dinteles de unos campos de granito.

hábitos de vida comunitaria. Un reto que tiene que llevarse a cabo libre y voluntariamente, como una necesidad vital de supervivencia, sin que una espada de Damocles obligue a mostrar más interés y capacidad de los que uno se exige a sí mismo.

Algo se mueve en Los Pedroches. Más de cincuenta grupos culturales de la zona desean unirse para marchar juntos en ese laborioso camino hacia un futuro donde la comarca sea más conocida por sus gentes vivas que por sus tierras muertas. Gente que no quiere que las miradas hacia ellos vengan por comparación con otros lugares y otros tiempos. Una reciente muestra teatral ha destruido el falso mito de la cultura de élite, uniendo en unas mismas tablas la farsa y el drama bajo el común denominador de un mismo público. Y no faltan ambiciosos políticos que acaso no olviden su tierra cuando ocupen más altos sillones, mientras que los viejos mandarines no tienen más remedio que ceder su sitio a posturas más comprometidas, las de aquellos que desean eliminar una aún casi palpable mentalidad feudal que se mantiene en un anacronismo totalmente incomprensible.

Aquí, donde ya no se cree en los milagros, ha llegado el momento de repetir la hazaña. Hay demasiadas cosas que hacer en esta tierra para volar en busca de un nuevo Popayán, aun en contra de viejas tradiciones. Mañana tal vez sea posible cruzar esas montañas sin que un amargo sentimiento de culpabilidad obligue a volver enseguida.

Algo se mueve en Los Pedroches

Crónica de una tierra que abandona la resignación

ANTONIO MERINO MADRID

Mil curiosos personajes pisaron tan caro suelo, desde un médico avisado que curó rara epidemia con el segundo milagro del agua hasta un noble franciscano que, tras visitar el concilio de Trento enviado por el rey, no pudo menos que escribir un tratado en latín sobre el fuego del Purgatorio. Lo dijo Al-Idrisi, en tiempos de Reconquista: "Sus habitantes son bravos, enérgicos y resueltos. Los cristianos, que conocen su espíritu defensivo, evitan encontrarse con ellos", los mismos que para Casas-Deza hace un siglo éramos ya tan sólo "pacíficos y laboriosos". La paz vino después, cansados ya de unos pleitos territoriales que ocuparon toda nuestra historia y que arbitró en aquellos tiempos el gentil emperador Adriano. Fue entonces, cuando al paro se llamaba emigración, cuando al

viejo arca de madera lo durmieron las llamas, cuando nadie cuestionaba el lugar de los retratos, fue entonces cuando el mejor calificativo que se nos podía dar era "hospitalarios", por descubrir una situación de subdesarrollo que con cierto azoramiento me descubrió el azar en boca de un anciano vendedor ambulante que coincidió conmigo en el autobús, muchos años después.

Era entonces cuando los pedrocheños huían por el Calatraveño para sentir la bofetada del mundo y el escalofrío que produce dejar atrás al monstruo Aviforme del hinojoseño Sancha de Belasco, que imaginó con tanta antelación la representación carnal de unos tiempos que hoy nadie añora al recordar. Ahora todos miran a Los Pedroches, descubriendo un mundo que siempre existió oculto por un pesado sentimiento de inferioridad, unas gentes que antes de paci-

ficas y hospitalarias fueron bravas y enérgicas, un suelo tan tolerante que se convirtió inevitablemente en frente de lucha de lejanas guerras. Ahora Los Pedroches están de moda, con un olvido que se va, un tren que se nos viene y una revista comarcal que devuelve a nuestros aires los viejos cantos de bucólicos pastores empeñados en representar una égloga moderna. Ahora se habla de Los Pedroches en la radio nacional, se ven sus tradiciones en la inefable televisión y sirve de referencia a lejanos periodistas para repetir el cuento de David y Goliat. Hasta la muy juguetona diosa Fortuna decidió volcar sobre nuestro huerto los ducados de su cuerno abundante.

Nosotros, que llevamos tantos siglos esperando, no queremos quedar fuera también esta vez, preocupados por deslindar lo auténtico de lo oportunista.

Un espontáneo sentimiento de comarca en progreso se ha ido imponiendo en los últimos tiempos en la mente de unas gentes que conocen ahora cuánto desconocen de su historia y cuán lejana les es su propia cultura. El recuerdo de un ilustre pasado que vuelve y el anhelo de una efectiva identidad comienza a hacer mella en el ánimo de algunos, que ya no buscan otra tierra donde ser espectadores de una historia que pueden protagonizar en la suya. Al "vete-del-pueblo-que-aquí-no-serás-nada" de quienes pretenden perpetuar en estas tierras un oscuro reinado de pasiva dominación comienza a oponerse un "mañana, tal vez" de quienes son demasiado tozudos para resignarse. Y es entonces cuando surge el reto de reconstruir la trayectoria de nuestra comarca desde sus más recónditas raíces, desde el punto en que un día brotaron los primeros